



Porque pasó a denominársela así, **Bernardina la del quinto** aunque ya nadie era capaz, al cabo de los años, de dar una buena explicación a un apelativo que en “nuestra urbanización”¹ — una zona con aspiraciones de “residencial”, toda ella de chalés adosados de esos que son todos tan idénticos que, un día, de vuelta de misa (de ocho, de la tarde y en invierno), la tía Viuda de las de Vinuesa se equivocó sin darse cuenta de puerta, y cuando vino a abrir una señorita muy mona y muy bien maquillada ataviada con picardías transparente y chinelas de raso con pompón ella le dijo “tú debes de ser la nueva”; y como la chica contestara que sí ella le expresó su ferviente deseo de que “dures en esta casa tantos años como duró la pobre Valeria que Dios tenga en su gloria” y le explicó también que había sido la mejor y la más leal de todas las chicas que habían pasado por su casa pero que, sin saber por qué, en cuanto apareció la Loli empezó a apagarse apagarse², como una vela hasta que... Y se enjugó la anciana los ojos con un pañuelo que se sacó de la manga — no tenía mucha razón de ser pero se justificaba bajo el alegato de que un día, cuando a consecuencia de que por causa de un olor malísimo que se extendía más y más por toda la calle acudieron del juzgado a descerrajar donde don Nicolás y a levantar el atestado de por qué un grifo llevaba cerca de una semana corriendo sin parar, la tapicera (que estaba presente como testigo ocular) se quedó mirando una fotografía de una señora muy elegante con sombrero de agujón que había sobre la consola de la entrada, y luego cogió el marco de plata

¹ “Nuestra urbanización” cuando todo el mundo sabía, de toda la vida, que doña Gardenia — y por muy de viuda de fiscal del tribunal de cuentas de que se las diera ante sus huéspedes — había sido siempre soltera y, por más señas, querida del pescadero que tenía su puesto justo enfrente de la carnicería de las Gorgondiola y le había puesto un piso, un piso y ningún chalé encima, por cierto, de doña Loreto; que esa sí que era doña, pero tan apocada y tan poquita cosa que nadie excepto Nuffire lo hubiera dicho o nadie, al menos, con la naturalidad y así como que de pasada, igual que si fuera una verdad universal incuestionable, con que lo dijo Nuffire.

² Que lo dijo exactamente así, dos veces la de Vinuesa (aunque de Vinuesa en realidad no es que lo fuese, que Vinuesa eran las sobrinas, y ella era hermana de la madre, y sólo por parte de padre) para enfatizar lo mucho y lo muy deprisa que se había ido la pobrecita desmejorando.

y se lo acercó a los ojos para verla mejor, y cuando la hubo visto mejor dijo muy sorprendida “¡pero si es Bernardina³ la del quinto!”.

³ Para hacerse una idea de cómo era de guapa y lo elegante que resultaba con su sombrero y su capa de visón paseando a su cocker pulsar [aquí](#).